

El hecho de que yo sea vieja por fuera no implica que lo sea por dentro. El corazón no envejece, al menos no debería. Tengo que agradecer que el mío haya permanecido joven. Esta tarde, mi corazón saltó de alegría, como si fuese el corazón de una muchacha, al ver al doctor John y a Marcella Barry. No creo que, aun si el doctor hubiese sido mi propio hijo, yo habría podido experimentar más alegría que la que sentí al verlo feliz. Sólo soy una vieja que no puede hacer más que sentarse cerca de la ventana a tejer, pero los ojos están hechos para ver y eso es precisamente lo que hago con los míos. Siempre que veo las cosas buenas y hermosas —nunca debemos ver las otras— que Dios planeó en un principio y que llevó a cabo a pesar de las acciones contrarias del hombre, siento una alegría tan profunda que a pesar de mis setenta y cinco años, me siento feliz de vivir en un mundo donde estas cosas suceden. Y si alguna vez Dios se propuso crear o bien creó a dos personas que fuesen la una para la otra, no caben dudas de que esas personas son el doctor John y Marcella Barry. Así respondo a todos los que vienen aquí y hacen comentarios sobre la diferencia de edad que existe entre ellos.

—Podría ser su padre —me dijo la señora Riddel con desdén el otro día.

No dije ni una palabra; tan sólo la miré. Creo que mi rostro expresaba claramente lo que sentía. Que una mujer pueda vivir sesenta años en este mundo, como es el caso de la señora Riddel, que pueda ser esposa y madre y no sepa apreciar la belleza y el bienestar general que encierra todo amor constante y verdadero es algo que no puedo ni jamás podré entender.

Nadie en Bridgeport creyó, ni siquiera su tía Sara, que Marcella regresaría, excepto el doctor John y yo. Mucha gente solía reírse de mí cuando decía que Marcella volvería, pero ¿a quién le importa que se rían de uno, cuando se está seguro de algo? Y yo estaba tan segura de que Marcella Barry regresaría como lo estoy de que el sol sale y se pone todos los días. No viví ocho años cerca de ella para conocerla tan poco y poner en duda el hecho de que iba a regresar. El doctor tampoco dudaba.

Marcella sólo tenía ocho años cuando vino a vivir a Bridgeport. Su padre, Chester Barry, acababa de morir. Su madre, hermana de Sara Bryant, mi vecina, había fallecido hacía cuatro años. Su padre la había dejado a cargo de su hermano, Richard Barry, pero tanto suplicó Sara para tener a la pequeña que los Barry le permitieron cuidar de Marcella hasta que cumpliera dieciséis años. Luego, dijeron, debería volver

con ellos para recibir una buena educación y para ocupar el lugar que le correspondía en el mundo de su padre, ya que se sabía que el mundo de Sara Bryant era y sigue siendo muy diferente del mundo de Chester Barry. Con respecto a cuál es el mejor, no soy quien deba decirlo. Todo depende del criterio de cada uno.

Así fue como Marcella vino a vivir con nosotros a Bridgeport. Digo «nosotros» a propósito. Si bien dormía y comía en la casa de su tía Sara, todas las casas del pueblo eran un hogar para ella, porque a pesar de los pequeños altercados y diferencias de opinión, somos una gran familia que se interesa y siente afecto por los demás. Por otra parte, Marcella era de las que se hacen querer a primera vista y que luego uno nunca deja de amar. Una mirada profunda de aquellos ojos azul grisáceos y de sus pestañas negras bastaba para penetrar en el corazón de cualquiera y permanecer allí para siempre.

Era linda y tan buena como bonita. Pero su bondad se combinaba con cierta afición por las travesuras, lo cual evitaba que una excesiva dosis de cariño la malcriara. Ya a los ocho años era sincera, fiel y valiente y nunca se habría atrevido a decir una mentira para salvarse de un castigo.

Enseguida nos hicimos muy buenas amigas. Me quería y también quería a su tía Sara, pero desde un principio demostró un cariño muy especial y muy profundo hacia el doctor John Haven, que vivía en la casa grande de ladrillos al otro lado de la casa de Sara.

El doctor John era un muchacho de Bridgeport que, cuando terminó la universidad, regresó y se estableció aquí con su madre viuda. Las jóvenes de Bridgeport estaban entusiasmadas, porque en el pueblo no había muchos candidatos. Debo decir, aunque no me gustan los chismes, que hubo bastante revuelo de sombreros para tratar de conquistarlo. Pero ni los sombreros ni las jóvenes que los lucían parecían impresionar al doctor John. La señora Riddel solía decir que había nacido solterón. Supongo que basaba su opinión en el hecho de que el doctor John era un muchacho tranquilo, amante de la lectura, a quien no le importaba la sociedad y porque jamás se lo había visto flirtear con ninguna joven. Yo conocía el corazón del doctor John más de lo que Martha Riddel podía saber acerca de los corazones de los demás; y sabía que no era ningún solterón. Él sólo esperaría hasta encontrar a la mujer adecuada; eso era todo. No era de los que se conformaban con menos. Si nunca llegaba a encontrar a esa mujer, el doctor John no se casaría, pero a pesar de todo jamás sería un viejo solterón.

El doctor John tenía treinta años cuando Marcella llegó a Bridgeport. Era un hombre alto, de espaldas anchas, cabello enrulado, grueso y castaño y ojos oscuros color avellana. Caminaba un poco encorvado, con las manos tomadas en la espalda, y tenía una voz muy dulce y muy profunda: una melodía, si es que así se puede llamar a una voz. Era amable, valiente y dulce, pero un poco distante y reservado con la mayoría de la gente. Todos en Bridgeport lo querían, pero sólo unos pocos lograron atravesar las

puertas de su silencio o compartir algo de su vida. Me siento orgullosa al decir que yo fui una de esas pocas personas. Creo que es algo de lo que una anciana se puede enorgullecer.

Al doctor John siempre le gustaron los niños y ellos siempre lo quisieron. Por lo tanto, era natural que él y la pequeña Marcella se quisieran. El doctor John tuvo mucho que ver en la educación de Marcella, porque Sara lo consultaba muy a menudo. En general, Marcella no era difícil de educar, pero tenía un carácter fuerte y, cuando se rebelaba contra algo, nadie más que el doctor John podía influir en ella. Marcella nunca se oponía ni lo desobedecía.

Marcella era una de esas jóvenes que crecen rápido, pero supongo que también influyó el hecho de que vivía en permanente contacto con gente mayor. Ya a los quince años era toda una mujer, hermosa, tierna y vivaz.

Y el doctor John la amaba. Amaba a la mujer y no a la niña. Lo supe antes que él, pero dudo que yo lo haya sabido antes que Marcella, porque esos ojos frescos y directos eran rápidos para leer dentro del corazón de la gente. Los veía juntos y veía el amor que crecía entre ellos como una flor fuerte, justa y perfecta, cuya fragancia sería eterna. Sara también lo veía y en parte se alegraba y en parte se preocupaba, ya que ella también consideraba que el doctor era demasiado viejo para Marcella y, además, pensaba en los Barry. Los Barry eran una pesadilla en la vida de la pobre Sara.

Luego llegó el día en que el doctor John abrió los ojos. Miró dentro de su propio corazón y allí leyó lo que la vida le había escrito. Según me contó tiempo después, en ese momento sintió una gran conmoción que lo dejó pálido, sin color. Pero era un hombre valiente y sensato y enfrentó la situación. En primer lugar, dejó de lado todo lo que la gente pudiera decir: era un asunto entre él y Marcella y el resto del mundo le era indiferente. En segundo lugar, se preguntó si tenía algún derecho para tratar de ganar el amor de Marcella. Decidió que no, que sería aprovecharse de su juventud e inexperiencia. Sabía que pronto debería regresar al mundo de su padre y no debía marcharse con ninguna atadura. El doctor John tomó esa decisión por el bien de Marcella y contra sus propios sentimientos.

Todo esto me lo contó él mismo. Yo era su vieja amiga y confidente. No dije nada, tampoco le di mis consejos, no en vano viví setenta y cinco años. Sabía que la decisión del doctor John era valerosa, correcta y justa, pero también sabía que todo eso quedaba anulado por el hecho de que Marcella ya lo amaba.

Eso era todo lo que yo sabía; el resto debía suponerlo. Tanto el doctor como Marcella solían contarme muchas cosas, pero había otras que eran demasiado sagradas para contárselas a alguien, incluso a mí. De manera que hasta el día de hoy no sé cómo el doctor John descubrió que Marcella lo amaba. Todo lo que sé es que un día, justo un mes antes de que Marcella cumpliera los dieciséis años, los dos vinieron tomados de la

mano a verme a mí y a Sara, que estábamos sentadas en la galería de la casa de Sara, bajo la luz del crepúsculo, y fue entonces cuando nos dijeron que habían decidido casarse.

En sus rostros vi un hermoso amanecer de vida y de amor. El doctor, alto y serio y con el cabello castaño salpicado por reflejos plateados, tenía en los labios la sonrisa de un hombre feliz. Marcella, con el cabello negro recogido en una larga trenza, tenía el rostro cubierto de lágrimas e iluminado por sonrisas. Yo, tan sólo una anciana, los miré y le di las gracias al Señor por la alegría que los inundaba.

Sara se echó a reír y a llorar, los besó y... anticipó lo que harían los Barry. Sus presagios resultaron ciertos. Cuando el doctor John escribió a Richard Barry, el tutor de Marcella, con el fin de pedirle su consentimiento para comprometerse, Richard Barry no tardó en poner obstáculos, el peor de los obstáculos. Vino a Bridgeport y en primer lugar abrumó por completo a la pobre Sara con su furia. Luego, se rió ante la idea de aprobar un compromiso entre una niña como Marcella y un médico rural desconocido. Y se llevó a Marcella.

Desde luego, ella debía irse. Richard Barry era su tutor ante la ley y, además, no estaba dispuesto a escuchar ruegos. No sabía nada acerca del carácter de Marcella y pensó que una nueva vida en el gran mundo pronto le haría olvidar su capricho.

Después de las primeras explosiones de lágrimas y súplicas, Marcella aceptó la situación, según lo que se podía observar desde afuera, con mucha calma. Estaba fría, seria y solemne como una reina. La noche anterior a la partida, vino a despedirse de mí y ni siquiera soltó una lágrima, pero la expresión de sus ojos hablaba de su amargo dolor. Luego dijo:

—Es un adiós por cinco años, señorita Tranquil. Cuando cumpla veintiún años regresaré. Es lo único que puedo prometer. No me permitirán escribirle a John ni a tía Sara y no haré nada a escondidas. Pero no los olvidaré y regresaré.

Richard Barry ni siquiera le permitió ver a solas al doctor John, Marcella tuvo que despedirse de él frente a la mirada fría y despectiva de aquel hombre de mundo. Sólo hubo un apretón de manos y una mirada larga y profunda, más tierna que cualquier beso y más elocuente que cualquier palabra.

—Volveré cuando cumpla veintiún años —dijo Marcella. Advertí la sonrisa de Richard Barry.

Y Marcella se marchó. En todo Bridgeport sólo hubo dos personas que creyeron que regresaría. Dado que no se puede guardar ningún secreto en Bridgeport, pronto todos se enteraron del romance entre Marcella y el doctor y también de la promesa. Todos sentían pena por el doctor, porque creían que había perdido a su novia.

—Porque desde luego no regresará —me decía la señora Riddel—. Es sólo una niña y pronto lo olvidará. La enviarán a la escuela y hará muchos viajes y por temporadas vivirá con los Barry que, como todos sabemos, se mueven en círculos de la alta sociedad. Sin embargo, lo siento por el doctor. Un hombre de su edad tarda en superar este tipo de cosas y además estaba muy enamorado de ella. Pero en realidad es lo que se merece por haberse enamorado de una niña.

Hay momentos en que Martha Riddel me altera los nervios. Es una mujer de buen corazón y tiene buenas intenciones, pero suele irritarme.

Sara también me exasperaba, pero ella tenía sus motivos. La habían despojado de la niña a quien había querido como a una hija y eso casi le destrozó el corazón. Pero aun así, creo que debió tener más fe en Marcella.

—No, nunca volverá —sollozaba Sara—. Sí, ya sé que lo prometió, pero ellos la alejarán de mí. Tendrá una vida tan alegre y espléndida que no querrá regresar. A su edad, cinco años es toda una vida. No, no trates de consolarme, Tranquil, porque no podrás lograrlo.

Cuando una persona decide sentirse desdichada, uno simplemente debe dejarla sentirse así.

Me asustaba la idea de ver al doctor John, por temor a que él también estuviese desesperado, sin fe en Marcella. Pero cuando vino a verme, me di cuenta de que no debí haberme preocupado. Había perdido la luz de su mirada, pero en los ojos había una confianza serena y firme.

—Volverá a mí, señorita Tranquil —dijo—. Sé lo que la gente comenta, pero eso no me preocupa. No la conocen a Marcella tanto como yo. Hizo una promesa y la mantendrá. La mantendrá con alegría y placer. De lo contrario, no podría desear que viniese. Cuando sea libre le dará la espalda a ese mundo brillante y a todo lo que le ofrece y volverá a mí. Tan sólo debo esperar y tener fe.

El doctor John esperaba y tenía fe. Después de un tiempo, la excitación general desapareció y la gente olvidó a Marcella. Nunca más oímos de ella ni nada que la relacionara, salvo cuando leíamos cada tanto algún párrafo en las columnas de sociales del diario de la ciudad que el doctor John conseguía. Supimos que la habían enviado a la escuela por tres años y que luego los Barry la llevaron de viaje y la presentaron en la corte. Cuando el doctor leyó esto último —en ese momento, estaba conmigo—, se llevó la mano a la frente y permaneció en silencio durante largo rato. Me pregunté si lo habría asaltado alguna duda momentánea, si acaso temía que Marcella lo hubiese olvidado. El diario hablaba de sus triunfos y de su belleza e insinuaba la existencia de un pretendiente con título de nobleza. ¿Era probable o

acaso posible que se mantuviese fiel, después de todo eso?

El doctor debió haber imaginado mi pensamiento, porque levantó la mirada y sonrió.

—Volverá —fue todo lo que dijo. Vi que la duda, si acaso había dudado, ya había desaparecido. Cuando el doctor John, ese hombre alto, amable y de mirada benévola se marchó, lo seguí con la vista y recé por él, para que Dios no le permitiera equivocarse, porque si así ocurría, le destrozaría el corazón.

Cinco años parecen mucho tiempo, pero no tardaron en pasar. Un día recordé que ésa era la fecha en que Marcella cumplía sus veintiún años. Sólo una persona más se acordó de su cumpleaños. Ni siquiera Sara lo tuvo presente. Sara la recordaba como a una niña a quien había amado y perdido. Nadie más en Bridgeport pensó en Marcella. Aquella tarde, el doctor vino a verme. Tenía una rosa prendida en el ojal y caminaba con la agilidad de un muchacho.

—Ya es libre —dijo—. Pronto la tendremos aquí, señorita Tranquil.

—¿Crees que será la misma? —pregunté.

No sé qué fue lo que me hizo decirlo. Odio parecerme a esas personas que arrojan baldes de agua fría sobre las esperanzas ajenas. Pero se me escapó antes de que tuviera tiempo para pensar. Supongo que a pesar de toda mi fe en Marcella siempre me acosó la duda y, en ese momento, la exterioricé, contra mi voluntad.

Pero el doctor sólo se rió.

—No puede haber cambiado —dijo—. Algunas mujeres, tal vez; la mayoría cambiaría en su situación, pero no Marcella. Querida señorita Tranquil, no estropee justo ahora la hermosa confianza que depositó en Marcella. Pronto la tendremos de vuelta; no sé cuándo porque ni siquiera sé dónde está, si en el viejo o en el nuevo continente. Pero vendrá tan pronto como pueda.

Ninguno de los dos dijo nada más. Pero cada día la luz de los ojos del doctor brillaba con más fuerza, con más profundidad y con más cariño. No hablaba de Marcella, pero yo sabía que ella estaba presente en sus pensamientos a cada instante. Estaba más tranquilo que yo. Yo temblaba cuando llegaba el cartero, saltaba cuando el picaporte del portón hacía algún ruido y sentía escalofríos cada vez que veía correr por las calles al niño que entrega los telegramas.

Quince días más tarde, fui a visitar a Sara. Había salido; me senté en la salita a esperarla. En ese momento, llegó el doctor y nos sentamos bajo la suave luz del crepúsculo. Conversamos un poco, pero también permanecemos en silencio cuando quisimos, como sucede cuando se trata de una verdadera amistad. Era una tarde muy

hermosa: afuera, en el jardín de Sara, las rosas se habían vestido de blanco y rojo y estaban perfumadas por el rocío; cada tanto, la azalea de la ventana irradiaba una fragancia deliciosa; algunos pájaros trinaban entre los árboles, se veía el cielo rosa y azul plateado y, sobre el olmo de mi patio delantero, una estrella.

Oímos que alguien se acercaba hasta la puerta y entraba en la salita. Me volví esperando ver a Sara, pero... ¡era Marcella! Estaba parada junto a la puerta, alta y hermosa; un rayo de luz le iluminaba la cabellera negra, bajo su sombrero de viaje. Clavó la mirada en el doctor John y, en sus espléndidos ojos, vi la expresión del exiliado que regresa a su hogar, a su mundo.

—¡Marcella! —exclamó el doctor.

Salí por la puerta del comedor y la cerré detrás de mí para dejarlos a solas.

La boda será el próximo mes. Sara, otra vez junto a Marcella, está radiante de felicidad. La excitación general fue terrible y tanto habló, se sorprendió y exclamó la gente que casi se agota mi paciencia. En estos últimos diez días, he desairado a más personas de las que desairé en toda mi vida. Me molesta la gente que se mete en las vidas ajenas.

Nada de esto les preocupaba al doctor John y a Marcella. Son demasiado felices como para preocuparse por los chismes y la curiosidad de la gente. Tengo entendido que los Barry no vendrán a la boda. Se niegan a perdonar a Marcella y a aprobar esta locura. ¡Locura! Cuando los veo juntos y veo lo que el uno significa para el otro, comienzo a tener cierta idea humilde y respetuosa de lo que es en realidad la verdadera sabiduría.